## Horarios

Martes y miércoles de 11 a 14:00 h
Jueves y viernes de 11 a 14:00 h y de 16:30 a 19:30 h
Sábado de 10:30 a 14:00 h
Domingo y lunes cerrado

Lidia M. Pinzolas

# Un caos multicolor. O un bosque

Exposición comisariada por Yadira de Armas y Ana G. Ballate

31/01 – 31/03/26

BEATRIZ PEREIRA
galería de arte

Calle del Rey 11
10600, Plasencia
628 78 25 02
info@galeriabeatrizpereira.com
www.galeriabeatrizpereira.com

## Pensar el paisaje, habitar la pintura

«No existen las reglas. Tienes que dejar que la pintura te lleve»
Helen Frankenthaler

Indagar en la obra de Lidia M. Pinzolas (Alicante, 1997) implica hablar de una forma de libertad que se manifiesta en el gesto pictórico. Una libertad que se expresa en la escucha atenta del proceso creativo, en una manera de estar y de sentir la pintura que mucho tiene que ver con la autora. Desde el primer contacto con sus piezas, se activa un escenario de vivencias donde la pintura se reafirma como acontecimiento. Y es que su trabajo se sitúa en un estado de apertura constante donde el hacer pictórico se convierte en un modo de pensamiento en sí mismo. Esta libertad creativa a la que nos referimos atraviesa toda su práctica y no debe confundirse con arbitrariedad; muy al contrario, se trata de una libertad conquistada a través del trabajo continuo, del conocimiento profundo del medio y de una relación sostenida con el acto de pintar, manifestada en la capacidad de asumir riesgos y de entender cada obra como una investigación singular.

Pintar, para Lidia M. Pinzolas, es por tanto ensayar una forma de estar en el mundo: abierta, permeable, intensamente sensible. La artista decide explorar sus límites y posibilidades en un contexto contemporáneo marcado por la transformación de nuestra relación con el entorno natural. Por ello escoge el paisaje, y su práctica se sitúa en un lugar de atención y escucha: la pintura se despliega como una experiencia abierta, que no clausura significados ni impone lecturas únicas.

Desde Salamanca, espacio que atraviesa su biografía —junto a otros territorios que la interpelan— pero que no delimita su imaginario, Lidia construye un lenguaje que dialoga con la amplia tradición de la abstracción expresiva, sin quedar atrapada en sus genealogías más reconocibles. Y en esa visita a la historia del arte, su obra reconstruye una conversación silenciosa con la tradición paisajística: desde los lei motiv de la pintura romántica hasta la presencia de ciertas derivas lingüísticas del impresionismo o del expresionismo abstracto. Sin embargo, estas referencias no aparecen como citas explícitas, sino como ecos, como capas de memoria pictórica que se sedimentan en su trabajo.

Para ella, el paisaje no es un género heredado ni un motivo recurrente, asumido de forma acrítica, sino un territorio de pensamiento. La amplia y compleja tradición pictórica sobre la que se sostiene su producción es sometida a un proceso de desplazamiento, depuración y relectura, desde una sensibilidad actual que atiende tanto a la relación perceptiva como a la dimensión ontológica de la naturaleza. De ahí que el paisaje que aparece en sus obras rara vez sea reconocible en términos topográficos. No se trata de vistas concretas ni de enclaves identificables, sino de atmósferas, espacios en tránsito, fragmentos de naturaleza que se presentan como umbrales entre lo visible y lo intuido. Las extensiones de color, los claros o las formas vegetales funcionan como estructuras abiertas, donde la figuración se diluye y la abstracción emerge de manera orgánica. Esta ambigüedad formal es uno de los ejes centrales de su trabajo: el paisaje como lugar mental, como proyección de una experiencia interior.

*Un caos multicolor. O un bosque*, exposición individual de Lidia M. Pinzolas en la Galería Beatriz Pereira, se inscribe en el recorrido de investigación y consolidación en el que la autora ha encaminado su trabajo. El espacio galerístico ofrece un marco idóneo para presentar una selección de piezas que invita tanto a la contemplación como al pensamiento. La exposición se plantea, así, como un lugar de diálogo: entre obras, entre tiempos, entre la mirada de quien observa y la experiencia de quien pinta. Y es que su pintura acontece: es un espacio en permanente estado de apertura.

Pintar no es representar ni describir, sino dejar que algo suceda. En su caso, permitir ese encuentro entre el color, el gesto y el tiempo que se despliega sobre el lienzo como un modo de respiración. Cada cuadro suyo es el rastro visible de ese ritmo interno, de una mirada atenta a lo que la pintura demanda mientras se está gestando. En este sentido, su pintura se convierte en vivencia antes que objeto, acontecimiento antes que resultado.

En su obra se vislumbra un interés claro sobre la composición, la distribución de las masas cromáticas sobre la superficie, la cadencia estructural y la creación desde una confianza profunda en lo imprevisible. Esta tensión constituye uno de los núcleos más potentes de su trabajo: la capacidad de sostener la incertidumbre como método, de permitir que la pintura se diga a sí misma mientras se está creando. De ahí la fuerza que emana de sus obras, expresada en la persistencia del gesto y en la acumulación de energía contenida en la superficie. Hay en ellas una vibración constante, una sensación de movimiento detenido que invita a una mirada prolongada. Quien observa no se enfrenta a una imagen que se agota en una rápida lectura, sino a un campo abierto de sensaciones que se despliegan progresivamente. De manera que se percibe que frente a la inmediatez, Lidia M. Pinzolas reivindica la espera, la prudencia del tiempo, la observación y el proceso creativo como formas de conocimiento. Es pensar el paisaje para habitar la pintura. Y en ese habitar jamás deja de indagar en nuevas maneras de crear.

El color es el verdadero protagonista de este universo pictórico. Aparece como materia sensible, cargada de intensidad emocional y corporal. Rosas, morados, verdes, amarillos y ocres que no obedecen a una lógica armónica tradicional, sino a una pulsión interna que los empuja a encontrarse, rozarse, superponerse o resistirse mutuamente y generar una nueva versión de ese paisaje. El color no ilustra: actúa; se expande, se repliega e interrumpe, funcionando a su vez como canalizador de esa redefinición de lo bello que Lidia aporta en sus piezas. Cada mancha conserva la memoria del gesto que la originó, del instante en el que la pintura tomó una dirección y no otra. La superficie se convierte así en un campo de fuerzas, atravesado por capas de experimentación e investigación, de diálogo y de subversión.

Diversos acercamientos críticos a la producción pictórica de Lidia M. Pinzolas—y la propia autora— han advertido la presencia de un sustrato filosófico en su trabajo, especialmente vinculado a una lectura platónica y panteísta de la naturaleza. Al mismo tiempo, su proceso creativo refleja un equilibrio entre intuición y razón, una negociación persistente entre control y pérdida. En este diálogo, su pintura se convierte en un espacio de resistencia frente a la voluntad de dominio, permitiendo que el propio material —el pigmento, la mancha, el soporte— participe activamente en la configuración final de la imagen. De este modo, la filosofía y la reflexión no están separadas de la práctica, se filtran en cada trazo, en cada encuentro entre gesto y superficie, en la tensión de lo previsto y lo imprevisible que caracteriza la obra de la artista.

Esta relación atenta con la materialidad se manifiesta también en su interés por distintas técnicas, desde la pintura hasta el monotipo o la serigrafía. Ya que, lejos de entender los medios como meras herramientas, la autora los incorpora como lenguajes específicos, capaces de activar diferentes registros perceptivos. Y en estas búsquedas constantes, deja entrever ese afán por experimentar nuevas formas de la creación.

En las piezas que conforman la muestra Un caos multicolor. O un bosque, la pintura se experimenta como un lugar de intensidad y de afirmación —afirmación del cuerpo que pinta, del tiempo dedicado al hacer, de la necesidad de seguir explorando el lenguaje pictórico—. Cada lienzo funciona como un espacio de posibilidades, donde el color y la materia se articulan para producir una experiencia que es, al mismo tiempo, íntima y expansiva. Esta exposición propone una pausa, es una invitación a volver a mirar, a habitar la pintura como un lugar de reflexión y sensibilidad. Por su parte, el trabajo de Lidia M. Pinzolas no ofrece respuestas inmediatas, sino preguntas sostenidas, trazos que permanecen y se despliegan lentamente en la memoria. Y en esa insistencia y esa fidelidad a un lenguaje propio, residen la fuerza y la singularidad de su práctica artística.

**Ana Gabriela Ballate Benavides & Yadira de Armas Rodríguez**
Ballate Armas Colectivo Curatorial